

## Antonio Alice: una sensible verdad permanente

No puedo comenzar a escribir sobre Antonio Alice sin evocar la impresión que me produjo, a comienzos de la década del 70, estando de visita en la casa del Dr. Ignacio Pirovano –sutil conocedor del arte argentino– un cuadro del artista de mediano tamaño que formaba parte de su excelente colección, donada a su muerte al Museo de Arte Moderno de Buenos Aires. Ninguno de los cuadros de Alice que había visto hasta entonces me interpeló como aquel. Y debo confesar que, a comienzos de la década del 90, al ser designado director de dicho Museo, tuve la suerte de que la obra me acompañara varios años en mi despacho, hasta que la donación Pirovano pudo ser exhibida enteramente.

Aquel cuadro, fechado en 1936, o sea, siete años antes de la muerte del artista, me introdujo en un clima que me alejaba completamente de las preceptivas académicas del gran pintor, ampliamente reconocido, sobre todo por sus monumentales obras de carácter épico. Me atrevería a decir, que este delicado autorretrato, por su abocetamiento y espontánea frescura, se sitúa en el polo opuesto de lo que consideramos una obra académica pues, nos pone frente a una "materia directa" que nada tiene que ver con las conocidas recetas del academicismo. Por otra parte, la obra expresa una afección muy contemporánea al ser resultado del concreto hacer del artista, receptáculo de sus variados impulsos gestuales. A mi juicio, se trata de una obra paradigmática, no solo en la abundante producción de Alice; la solitaria presencia de esta obra, su contenida elocuencia, más que al pasado la vinculan al porvenir. Sin duda, este magnífico autorretrato, acaso inadvertido, debe considerarse como una de las grandes pequeñas obras del arte argentino del siglo XX.

Sabemos que Alice –como lo demuestra su conferencia "El argumento en el arte pictórico", pronunciada en el Salón de la Prensa en 1939– fue un apasionado defensor del academicismo que propuso su arte como imágenes didácticas de algunos grandes acontecimientos históricos que debían servir para exaltación de los valores nacionales. Pero esta posición, a sabiendas o no, no impidió que su obra abrevara en diversas posiciones estéticas, como se hace evidente en esa gran producción de pequeños cuadros en los que el artista, partiendo de la luminosidad de los macchiaioli va más allá, permitiendo el ingreso en sus imágenes, de un lirismo alejado de sus grandes obras veristas –tan tributarias de la pintura italiana del ochocientos– con las que celebraba la historia.

Por su propia conferencia, podemos inferir que Alice –como tantos pintores de su época– fiel a cierto legado artístico, se resistió cautamente a la adopción de las corrientes renovadoras que venían a cuestionar los sistemas académicos de representación.

Pero el juicio del tiempo, ese tiempo que valorizó más la audacia que la prudencia, ese tiempo que fue escenario de las más dispares y heterogéneas propuestas, a la hora de dar su dictamen se mueve por andariveles propios y tiene que defender lo actual a cualquier precio. En ese sentido, no me caben dudas de que la obra de Alice –como sucede con la de tantos pintores del pasado– puesto nuestro tiempo a elegir entre las absolutamente académicas y las abocetadas –esas que tantas veces los pintores, guardan para sí como un mero apunte– elegiría éstas últimas.

Alice –como todo gran artista– fue hombre de grandes debates interiores; testigo del nacimiento de un siglo que venía a convulsionar la "gran aldea" con su incorporación de lo novedoso que exigía cada vez más al arte esas transformaciones que solo pueden realizarse cuando el artista que acepta semejante reto, es capaz de vaciarse de sus anteriores articulaciones para facilitar otras, nuestro artista –a pesar de estar en posesión de todas las herramientas– no quiso modificar su propia temporalidad. Es decir que Alice, más que el "hombre

interesante" orientado a las transformaciones estéticas del que nos habla Kierkegaard –que sería el que puede realizar aquella tarea del constante vaciamiento cuyo máximo exponente sería Picasso– fue un hombre fiel a sus convicciones, lo que le impidió adoptar esas transformaciones que la época le exigía.

Con el tiempo y una mayor aproximación a la obra del artista, comprendí que ese otro Alice intimista, fresco y abocetado del autorretrato, en el que la magia de la pintura se manifiesta con total evidencia, también está presente en un considerable número de obras como los paisajes de Piriápolis (adonde viajó con Quinquela Martín ); del norte argentino; de la costa uruguaya; en los paisajes urbanos transfigurados por la potente luz; en algunos retratos donde a través de los ojos se nos revela la invisible interioridad; en los pequeños bocetos –fragmentos de algunas grandes obras, cuya impronta prolonga imponderables encuentros–; en esos pequeños registros que tal vez para el artista habrán sido apuntes menores pero que hoy se recortan con una nítida singularidad inscribiéndose con total vigencia en nuestra modernidad.

En algún párrafo anterior, evocando el autorretrato escribí "magia de la pintura" y quiero aclararlo: me refiero a una condición que, con absoluta solvencia, está presente en toda su obra: el arte de evocar con una sola materia (la pintura al óleo) las cosas tangibles e intangibles del mundo: lo duro, lo blando, la naturaleza orgánica y lo inorgánico, la humanidad y sus infinitas líneas de fuga, tanto en la luz como en la sombra, la cóncava bóveda del cielo y la azarosa tierra; un mundo de representaciones que tiene sus propias leyes, sus propios ritmos y que cuando se hacen visibles con obstinado rigor como en la obra de Antonio Alice, nos asegura la supervivencia del arte argentino –más allá de las efímeras modas– para afirmar una sensible verdad permanente.

**Raúl Santana**